

Cultura de registro

Por Jorge Luis Marzo

(Leído como conferencia en *Culturas del archivo*, Fundació Antoni Tàpies, Barcelona, 2000)

Durante los minutos que tenemos por delante vamos a tratar fundamentalmente de dos asuntos. Por un lado, de la relación misma entre la escritura y su función de registro. Por el otro, que la mediación de la tecnología es el resultado de esa función clasificatoria. Es decir, me gustaría que en el fondo de la escena estuvieran planeando críticamente dos cuestiones principales respecto a la definición de nuestra cultura occidental como una cultura del registro y del archivo:

–Primera cuestión: En la gestación original de la escritura, estaba ya implícita la condición de registro y clasificación, y sobre todo, la condición de secreto y autoridad a la hora de gestionar informaciones y datos. Esto no implica en absoluto una definición esencialista del registro, sino que el acto de escribir tuvo lugar por unas determinadas necesidades de organización social, y por lo tanto de marcado carácter clasificatorio.

–Y la segunda cuestión: Las tecnologías contemporáneas no han dado a luz a los actuales paradigmas de registro y archivo, sino que han sido ciertas características sociales, políticas y culturales, presentes desde hace tiempo en el tejido del capitalismo, las que han llevado a la aparición de las actuales tecnologías.

Con este planteamiento de entrada, quiero dejar claro que no tengo el más mínimo interés en subrayar a las tecnologías actuales de la información como las causantes de las presentes percepciones tanto de celebración como de denostación respecto a nuestra cultura del registro. Esas tecnologías responden a unas dinámicas visibles en el sustrato, o digamos mejor en el musgo, en donde nacerá la seta tecnológica. Indudablemente, el carácter de estas tecnologías promueve nuevas formas de registro, pero ello se produce en la medida en que el propio lenguaje busca resolver nuevos modelos de interacción

institucional y de control social. En pocas palabras, la tecnología es el resultado de fuerzas y necesidades pre-existentes y no el causante de las mismas, aunque la proliferación de la mediación electrónica en la escritura suponga un efecto trampolín en la proyección de esas necesidades previas, como, por ejemplo ocurriera con la implantación de la máquina de escribir. Y digo un trampolín poderoso, porque parece proyectar tan lejos el salto, que uno puede llegar incluso a dónde se encuentra ese mismo trampolín, generando así buena parte de la amnesia crítica y de la fiesta celebratoria actuales respecto de esas nuevas herramientas.

Dicho esto a modo de marco ideológico de debate, entremos en materia. Empecemos con una noticia histórica, procedente de las evidencias arqueológicas: “Las raíces de la escritura se remontan al hecho de contar, que a su vez tuvo que ver con la capacidad de establecer una actividad basada en la idea de tiempo.”¹ Numerosos huesos y artefactos de piedra que datan de la Era Glacial, hace unos 30.000 años, muestran marcas que aparentemente registran los días entre las diferentes fases de la luna. Todo parece indicar que los primeros procesos de expresión escritural respondían a una necesidad de organización temporal. Más adelante, hacia el 3.000 aC, con la aparición de las primeras tablas cuneiformes en Mesopotamia, observamos que el principal factor que las condujo fue la necesidad de listar y clasificar a reyes y dinastías, de manera que pudiera registrarse el momento presente dentro de una cadena determinada y asimilable de experiencias históricas. La escritura, así, nacía de las propias posibilidades clasificatorias del lenguaje, de su propia capacidad de numerar. Escritura y numeración pues, comienzan su andadura cogidas de la mano. La una es la otra y viceversa. “El interés por generar listados cada vez más exhaustivos derivaba en realidad de un forma de juego intelectual que buscaba organizar y controlar aquellas categorías de la experiencia recién percibidas”².

¹ Michael E. Hobart y Zachary S. Schiffman, *Information Ages. Literacy, Numeracy, and the Computer Revolution*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1998, 35

El concepto moderno de matemática, articulado firmemente durante la era barroca mediante la definición cartesiana de “visión analítica”, se define en buena medida también por ser una nueva manera de modelar los contenidos de nuestras relaciones con el mundo exterior a través de símbolos abstractos, cuyas posibilidades de registro y comprobación de la realidad se expanden proporcionalmente a su capacidad de exhaustividad, como ocurre en una ecuación. Es decir, las matemáticas, el lenguaje de registro por excelencia, pasa a considerarse un lenguaje universal potencialmente capaz de llegar hasta los últimos rincones del mundo. Los signos inexcrutables de los archiveros son ejemplos de la suplantación de la escritura por interfaces simbólicos. Un sistema de representación simbólico global, mediante la elaboración de un completo mapa o archivo genérico, representa la semilla del actual discurso digital, cuya evolución, sin embargo, puede rastrearse a su vez hasta los orígenes de la escritura. La escritura y la numeración son vocacionalmente universalistas y clasificatorias.

No por casualidad, Leibniz, el filósofo y matemático barroco alemán que estructurara por primera vez el lenguaje matemático binario, fundamento de los sistemas informáticos actuales, persiguió durante toda su vida la elaboración de la que llamaba *Característica Universal*, una especie de cálculo general que proporcionaría un modelo de escritura universal. Decía Leibniz: “Mediante este lenguaje universal, cualquier información del tipo que sea podría ser registrada sistemáticamente en símbolos abstractos.”³ Tampoco es tan banal que Melville Bell, padre de Alexander Graham Bell, el principal inventor del teléfono, publicara en 1867 su alfabeto universal, que titularía “Discurso visible”.⁴ O que el lingüista Noam Chomsky propusiera en los años cuarenta una gramática universal, mientras en paralelo, las teorías que él defendía dieran pie a la elaboración del famoso “código de las 1000 palabras” para el ejército

² Hobart y Schiffman, 47

³ Hobart y Schiffman, 160

norteamericano, con el objetivo de asegurar la inteligibilidad de las comunicaciones por radio.⁵

Esa relación intrínseca entre el registro y la exhaustividad o globalidad de su contenido puede ser fácilmente percibida bajo la luz de la condición efímera del hombre. Las visiones de Pompeya, en donde la lava registró milimétricamente la vida en el instante de su desaparición, o de Hiroshima, en donde el flash térmico fotografió literalmente la sombra dejada por seres y cosas⁶, convirtiéndose así en el mayor registro fotográfico hecho por el hombre, parecen ejercer un tremendo poder de sugestión respecto a las relaciones entre archivo y desaparición, quizás por sus dimensiones inabarcables, por el espíritu ilustrado que las representa, guiado por una luz que todo lo vé y lo registra a modo de panóptico.

La carrera contra reloj que supone el hecho de registrar no puede disociarse de la profunda desazón que produce la volatilidad de la vida humana y de sus experiencias tanto individuales como colectivas. El diario personal como las crónicas históricas son buenos ejemplos de ello. No obstante, llegados a este punto, se hace necesario hacer un alto en el camino. La historia nos va enseñando que la misma idea de registro subyace paralela a la de desaparición: tendemos a registrar la velocidad, la capacidad que la realidad misma tiene de desaparecer, de hacerse virtual, intangible. El registro de los mecanismos del mundo tiene como fin último captar la tendencia huidiza del mismo, la

⁴ Marshall McLuhan, *Understanding Media. The Extensions of Man*, The MIT Press, 1999 (ed. orig., Toronto, 1964), 268

⁵ Paul N. Edwards, *The Closed World. Computers and the Politics of Discourse in Cold War America*, The MIT press, 1996, 217

El "código de las 1000 palabras comunes altamente inteligibles" fue desarrollado hacia 1943 por el Psycho-Acoustic Laboratory, en Harvard, en colaboración con el Electro-Acoustic Laboratory. Esta investigación enseguida tuvo resonancia directa en la vida civil, dando origen a su aplicación en muchas actividades laborales que requieren sistemas de radiotransmisión. En la actualidad, el código base internacional para la identificación rápida de iniciales es el siguiente: Alpha, Bravo, Charlie, Delta, Echo, Foxtrot, Golf, Hotel, India, Juliett, Kilo, Lima, Mike, November, Oscar, Papa, Quebec, Romeo, Sierra, Tango, Uniform, Victor, Whiskey, X-ray, Yankee, Zulu.

⁶ "The blinding Hiroshima flash which literally photographed the shadow cast by beings and things, so that every surface immediately became war's *recording* surface, its *film*." Paul Virilio, *War and Cinema: The Logistics of Perception*, London, 1989, 68

fragilidad absoluta en la que se fundamenta, su carácter caduco. De esta guisa, el acto de registrar se legitima por la seguridad de que aquello que se registra va a desaparecer. Esto puede parecer un acto muy humano de perdurabilidad. Sin embargo, también podemos encontrar numerosos ejemplos de signo muy contrario. El escritor Marcel Beyer, en su novela *El técnico de sonido*⁷, narra la historia de un técnico de sonido al que el ejército alemán encarga durante la Segunda Guerra Mundial la realización de grabaciones de voz y ambientaciones de todo tipo con el supuesto fin de catalogar las emociones humanas, emociones que indudablemente estaban destinadas a desaparecer bajo la tragedia del nazismo y de la guerra. Inmediatamente nos viene a la cabeza también el caso de los meticulosos registros de entrada, mediante completas fichas personales y fotografías, de los deportados en la red de campos de exterminio del Tercer Reich. Millones de personas asesinadas industrialmente, fueron catalogadas secretamente con la máxima dedicación profesional y técnica. Sólo es posible entender esa frenética actividad por la necesidad de los asesinos en registrar la desaparición misma; de la misma manera que actualmente se intenta documentar a toda prisa la desaparición de una especie animal en extinción, u observamos los últimos instantes de la vida de un misil (y de su objetivo) a través de la cámara montada sobre sus lomos. Ernst Jünger ya se había percatado: "Como ocurre en la esfera de la fotografía etnográfica, donde exploración y exterminio de las culturas investigadas se entrecruzan de manera inextricable, Jünger se percata de que un mismo "intelecto" promueve la tecnología de la destrucción militar, que "a través de grandes distancias sabe alcanzar al adversario con exactitud de segundos y de metros"."⁸

En este sentido, ya en los inicios de la escritura aparece una circunstancia de enorme importancia a la hora de analizar ese potencial registrador. La escritura cuneiforme se basaba en símbolos y signos criptográficos, que

⁷ Marcel Beyer, *El técnico de sonido*, Debate, Madrid, 1999 (ed. orig. Frankfurt, 1995)

⁸ Nicolás Sánchez Durá, "Guerra, técnica, fotografía y humanidad en los foto-libros de Ernst Jünger", *Ernst Jünger: Guerra, técnica y fotografía*, Nicolás Sánchez Durá (ed.), Universitat de València, 2000, 66

únicamente los escribas modificaban y combinaban con el paso del tiempo. Esto es, los sistemas de información nacen en los círculos institucionales y su comprensión queda totalmente relegada a un reducido grupo de expertos. En ese sentido, será la aparición de la imprenta de tipos móviles de Gutenberg a mediados del siglo XV la que ocasionará la auténtica revolución moderna en los modelos de gestión y tratamiento de la información. La escritura, ya no sometida a un estricto monopolio de los medios de producción por parte de las clases dirigentes, empezaba a amenazar el control directo sobre los contenidos de las listas elaboradas por el poder. Comenzaban a proliferar peligrosamente listas paralelas, en las que la ordenación era del todo diferente a la establecida oficialmente. La respuesta a esa situación vendrá directamente de la Iglesia Católica, a través de los residuos que las teorías de Maquiavelo habían dejado en el pensamiento político europeo. Maquiavelo había hablado en su momento del poder en términos de conocimiento y usufructo de los "arcana imperii", de lo que hoy llamaríamos "información reservada", y de la proyección pública de la posesión de los mismos; se debía divulgar su posesión, no su contenido. Ahí residía, según él, la fuerza del poder. Así, en 1633 el Vaticano funda la *Congregatio de Propaganda Fide*, un organismo cuyas deliberaciones y archivos constituían máximo secreto, pero que a la vez dedicaba buena parte de sus esfuerzos en hacer pública su omnipresencia. Esta institución fijó por primera vez una relación explícita entre el registro y almacenamiento de datos y la noción moderna de propaganda, legitimada en la noción del bien común, de la masa social por cuyo interés las instituciones deben adquirir plena autonomía. Esa autonomía es el valor fundamental que se alega en su proyección externa para justificar la necesaria seguridad y secretismo.⁹ Sin duda alguna, éste ha sido el modelo que ha imperado hasta nuestros días; desde los sistemas militares y policiales de información, pasando por las redes encriptadas de información financiera, hasta los sagrados arcanos del marketing

⁹ Respecto a las relaciones entre secreto y propaganda, ver Jorge Luis Marzo, "Escamoteo", en J. L. Marzo (ed.), *Escape*, Sala América, Vitoria, 1998, 149-213

contemporáneo, la práctica de un tratamiento secreto de la información se ha consolidado política y socialmente gracias a la apelación del bien común y a la necesidad de no transpirar información que pueda ir en perjuicio de los intereses colectivos, bien sean nacionales o empresariales. Mientras se acumulan los secretos, en paralelo se subraya públicamente la gestión de los mismos a modo de recordatorio de dónde reside el poder. Sólo tenemos que recordar un ejemplo bien conocido de todos: el juramento oficial de los ministros de un gobierno en no revelar las deliberaciones de sus reuniones. “En política –como en el mundo empresarial–, el secreto legislativo como el administrativo han perseguido siempre ocultar los procedimientos; los resultados, es decir las leyes, ordenanzas, regulaciones, etc, son de curso público. Lo importante del secreto no es tanto lo que contiene oculto como su fuerza retórica, su capacidad de persuasión.”¹⁰

Es interesante observar que la justificación actual para el desvelamiento de secretos institucionales, lo que se denomina “desclasificación oficial de documentos”¹¹, se define a grosso modo porque ya no afectan a la seguridad nacional, a las relaciones internacionales o a la seguridad de los informantes. Las legislaciones varían según los países. El estándar temporal más utilizado es de 25 años. Todos recordaremos el caso del archivo Tarradellas, depositado en el Monasterio de Poblet, con la explícita condición impuesta por el donante de que no puede ser divulgado hasta 25 años después de su muerte. He aquí un fenomenal ejemplo de lo que decíamos hace unos instantes: la fuerza del secreto no está en su contenido sino en la publicidad de su posesión. El ex-presidente de la Generalitat, al condicionar la apertura del archivo al paso del tiempo, subrayaba implícitamente que guardaba secretos de calado. Aunque la lectura institucional de este hecho sea la preservación del consenso social, a la espera de la desaparición política o física de las personas afectadas, en realidad

¹⁰ Marzo, 188

¹¹ Respecto a las regulaciones sobre el uso de información confidencial así como su desclasificación en la legislación norteamericana, ver <http://www.library.yale.edu/govdocs/declcol.html>

lo que se esconde en esta actitud es un mensaje de amenaza; un auténtico ejercicio de poder y de coacción, que en el fondo menoscaba el acceso de los ciudadanos a determinadas informaciones que seguramente están marcando la realidad política actual. Esperar 25 años para conocer las informaciones de nuestro presente actual representa un nuevo guiño de las siempre recurrentes teorías políticas de Maquiavelo.

Paradójicamente, y éste es un detalle que no se debe pasar por alto alegremente, los archivos, en sus casos más secretos, tienen tres enemigos de enorme importancia: el individuo, el azar y la propia materialidad del documento. En muchos ejemplos notables, han sido estas tres circunstancias las que han liberado a los archivos de las garras del secreto. En primer lugar, a menudo la magnitud del archivo permite al individuo el encuentro con fisuras y ranuras por los que colarse en su interior, o en sentido inverso, encontrar huecos por los que salir y dar a conocer información “desde dentro” ; en segundo lugar, el azar produce determinados acontecimientos que desvelan estructuras profundamente escondidas; y en tercer lugar, el documento físico (incluyendo los formatos digitales), que normalmente está destinado, por su naturaleza registradora, a no desaparecer, produce en sí mismo un efecto contrario al de su existencia secreta, acarreado su aparición pública. Dos son los ejemplos que voy a traer a colación. Ambos representan el encuentro de esas circunstancias funestas para la existencia secreta del archivo. Por un lado, me refiero a los llamados “Archivos del Horror del Operativo Cóndor”; por el otro, al Archivo de la Policía Política Secreta, o Stasi, de la ex República Democrática Alemana.

Una mañana de diciembre de 1992, un juez paraguayo y el ex prisionero político Martín Almada, entraron en la comisaría de policía de Lambaré, suburbio de Asunción, capital del Paraguay, a buscar los archivos policiales de Almada¹². Lo que encontraron en su lugar fue una montaña desordenada de

papeles, cartas, documentos y registros que a la postre constituía el archivo documental sobre la represión en Paraguay bajo la dictadura de Stroessner y en otros países. Los "Archivos del Horror", tal como se conocen desde entonces, se han convertido en una clave para descifrar la historia reciente de América Latina. Los archivos detallan el destino de cientos, quizá miles, de latinoamericanos secretamente secuestrados, torturados y asesinados por los regímenes derechistas de los años setenta y ochenta. También ofrecen una pista en papel que confirma la existencia de una conspiración entre los servicios de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay para rastrear y eliminar a los adversarios políticos con independencia de las fronteras nacionales, además de encontrar evidencias de la cooperación de la inteligencia estadounidense con las dictaduras de la región.

La casualidad quiso que un individuo se topara con una fabulosa colección de documentos que, algunos años más tarde, sería en parte el motor de la persecución judicial emprendida desde España, Gran Bretaña, Chile y otros países contra el General Pinochet. Los resquicios que un sistema de grandes dimensiones deja a un individuo, junto al azar y a la propia existencia física del documento, provocó en este caso que el contenido del archivo se girara de repente contra aquellos que lo realizaron.

En otro contexto muy distinto, y con implicaciones de orden personal también muy diferentes, el periodista británico Timothy Garton Ash¹³, quien había vivido en Berlín como estudiante desde 1978 hasta 1981, quiso en 1992, ante la noticia de la apertura de los archivos de la Stasi, averiguar si, por casualidad, había algún expediente sobre él entre aquellos papeles. Lo que encontraría sería que no solamente había sido extensamente vigilado y sus movimientos y conversaciones registradas al detalle, sino que la mayoría de

¹² La información sobre este caso procede de Stella Calloni, "Los Archivos del Horror del Operativo Cóndor", *Covert Action*, 1994 (traducción al castellano por Equipo Nizkor, Madrid, 1998): www.derechos.org/nizkor/doc/condor/calloni.html

¹³ Timothy Garton Ash, *El expediente. Una historia personal*, Tusquets, Barcelona, 1999 (ed. orig., Londres, 1997)

contactos, amistades e incluso amores que entablara durante aquellos tres años de estancia en el Berlín de finales de los setenta habían sido en realidad confidentes de la Stasi. Su experiencia personal fue registrada y recontextualizada en el ámbito de una estrategia—en este caso policial e ideológica—, de manera que la creación misma del archivo provocó que parte de su pasado acabase siendo completamente falso. Es posible, quien sabe, que un día, cuando se abran los archivos de Tarradellas, nos encontremos ante la tragedia de saber que parte de nuestro tiempo social fue en realidad un puro simulacro.

La experiencia humana convertida en escritura ha sido potencialmente tan peligrosa para el poder que éste se ha hecho con toda su gestión, en aras a, como se repite sin cesar, facilitar una mejor coordinación. Ernst Jünger, quien desde sus trabajos fotográficos en la Primera Guerra Mundial había abogado por rechazar imágenes demasiado violentas "porque no generaban optimismo sobre el futuro", escribía en 1965: " "Las cosas muy repulsivas que nosotros mismos hemos visto o de las que hemos oído hablar, es mejor callarlas; y no por consideración al criminal, sino por consideración hacia la especie humana [...] Todo historiador conoce las circunstancias concomitantes de los grandes conflictos, circunstancias que hubiese sido mejor que no hubiesen ido a parar a los documentos y que 'nunca jamás desea ver uno'. En nuestro tiempo parece estar creciendo una tendencia a lo repulsivo, de ella forman parte ciertos excesos de la documentación, sobre todo de la fotografía."¹⁴ Jünger parece decir que no cree en la desclasificación de ciertos documentos porque eso ayuda a la "reconciliación" (¿la de quién?). Y Jünger sabía que eso sólo podía venir por leyes restrictivas impuestas y coordinadas institucionalmente.

Mucha gente puede pensar que las opiniones de Jünger no calaron finalmente, dado el inmenso acceso que hoy tenemos a gran parte de los documentos históricos relativos a "cosas repulsivas". Nuestro mundo, se oye a menudo, tiene un margen de libertad de expresión mucho mayor que hace sólo

¹⁴ Ernst Jünger, *Pasados los sesenta I (1965-1970)*, Tusquets, Barcelona, 1995, 479

unos años, ya no digamos siglos. El documento ya no puede revelar nada que no se pueda intuir, especialmente gracias a la presencia omnímoda de los medios de comunicación por doquier. Sin embargo, muchos ejemplos contradicen esa percepción. Veamos. Por ejemplo, la corrupción es habitualmente secreta, y sólo cesa su existencia cuando se muestra públicamente. Es decir, sabemos que hay corrupción, pero al no haber evidencias no podemos considerarla como tal. Sin embargo, la escritura de los documentos de “los archivos Cóndor” se revela en sí misma lo suficientemente poderosa para acabar con la inmunidad de Pinochet. El más reciente caso lo hemos visto hace unos días en el Perú. Ha sido la escritura, en este caso un registro videográfico, la que ha evidenciado lo que todo el mundo sabía, que el régimen de Fujimori era una farsa absoluta. La escritura así, su capacidad misma de registro se revela tremendamente problemática para el poder. Paradojas de la escritura, que se gestó como modelo de poder y que a la vez creció también como forma de deconstrucción del mismo.

Alguien ha escrito que la escritura simplemente almacena el hecho de su autorización¹⁵. Desde el *Archeion* griego, –etimológicamente, “edificio donde se guardan los documentos oficiales”– hasta la actualidad, la idea de archivo ha remitido directamente al almacenamiento y control restringido de información. Los avances en los sistemas de almacenamiento y tratamiento de la información han estado tradicionalmente vinculados a centros de control y gestión institucional. En 1649, Blais Pascal construye la primera calculadora mecánica para facilitar el trabajo de su padre, recaudador estatal de impuestos. Hermann Hollerith, funcionario de la Oficina de Censos de los EEUU, recibe el encargo de diseñar en 1890 una máquina que pueda reducir el tiempo de clasificación de datos fiscales y de censo. La “Tabuladora” de Hollerith será uno de los primeros proto-ordenadores contemporáneos. Y a modo de broma histórica, años más

¹⁵ Friedrich A. Kittler, *Gramophone, Film, Typewriter*, Stanford University Press, 1999 (ed. orig, Berlin, 1986), 17

tarde, encontramos a Einstein trabajando de empleado en la Oficina de Patentes de Berna, mientras elaboraba los principios fundamentales de la física moderna.

La evolución de técnicas fiables de registro y archivación ha respondido casi siempre a necesidades institucionales específicas: el padrón, el censo, el seguimiento fiscal, las oficinas de pasaportes, el establecimiento de redes seguras de información reservada tanto política, policial como militar; el análisis de ciclos periódicos, ya sean naturales o macroeconómicos (con sus complicadas variables); pero sobre todo, ha sido la necesidad científica la que ha impuesto el modelo técnico que actualmente impera. Y hablo de ciencia, con la perspectiva barroca que aún contiene, quizás más que nunca, en el sentido que la ciencia se define desde Galileo por los mecanismos o tecnologías que hace servir. No olvidemos que la ciencia sin sus utensilios no es en ningún modo aceptada en la actualidad. A la ciencia se le exigen ya no explicaciones inmediatas de la realidad sino predicciones inmediatas, soluciones rápidas ante aquello que seguramente ha de acontecer. Así pues, con esa premisa, durante el siglo XX la necesidad científica sólo ha podido estar vinculada al único cliente que jamás pone pegas ni límites a la investigación, porque el negocio de ese cliente es de probabilidades totales, globales, en los que no hay un 50% de posibilidades; sólo existe el todo o la nada. Me refiero a los militares. Si hablamos de que el registro es una actividad definida por su exhaustividad, los militares sin duda son los patrones más apropiados. Y además, todo queda en secreto, perfectamente legitimado por la necesidad de vencer y protegernos de los “malos”.

El formato y la gestión moderna de archivo, o banco de datos, nacen tras la Segunda Guerra Mundial, en un entorno de Guerra Fria altamente militarizado e ideologizado, y enmarcado a su vez en unos nuevos procesos informáticos plenamente interconectados. Esos principios político-militares, han sido también aplicados como plataformas sociales e industriales a lo largo del siglo XX y definitivamente reafirmados a través de la más reciente tecnología digital y de su mercadotecnia (la interactividad). En un momento, hablaremos de ellos. Sin embargo, antes de la cibernética, podemos rastrear algunos fenómenos que

han dejado una marcada huella en todos los procesos posteriores, incluyendo desde luego la tecnología digital; determinadas aplicaciones técnicas que subvertieron la noción y la gestión de la información, y especialmente del archivo, y que, a la postre, conformarán nuestro espacio de relaciones sociales y culturales respecto a la memoria y respecto a la forma en que nos movemos en el mapa de las experiencias humanas.

Investigadores recientes han vuelto a revisar los procesos y los cambios consiguientes en la evolución de ciertas aplicaciones técnicas de nuestra modernidad: la máquina de escribir, el gramófono y el cine, las tres tecnologías estrictamente de registro que hicieron explotar una nueva batería de relaciones entre el individuo y la información. Más que simples máquinas, eran respuestas directas a una necesidad imperiosa del hombre aislado de buscar mediaciones con la realidad que le rodeaba. Las tres tecnologías se encargaban por primera de vez de reproducir mecánicamente la experiencia humana; no eran simulacros, como a veces se pretende, sino auténticos sistemas de documentación, que como segundas pieles se adherían a la vida, forzando así una comprensión de las mismas en términos de necesidad. En pocas palabras, la única manera de confirmar mi vida es a través de los registros grabados en esas máquinas.

El cambio que supuso pasar de escribir a mano a escribir a máquina ha sido quizás una de las transformaciones mentales más severas que nuestra sociedad haya conocido. La escritura pasaba a ser una mediación, se creaba una distancia que a la larga acabó afectando a la manera en que pensamos la propia escritura, de la misma manera que la creación de la máquina de coser en la década de 1860 afectó definitivamente la forma en que proyectamos nuestra identidad visual en el vestido. No es casualidad que William Jenne, jefe de Remington, la compañía que desarrollara junto a Singer las primeras máquinas de coser, fuera también quien impulsara la producción en masa de la máquina de escribir. Nietzsche había escrito que nuestras herramientas de escritura también trabajan sobre nuestros pensamientos. También vino a decir lo mismo Mark Twain, cuando escribió *Tom Sawyer* en 1874, el primer texto literario de la

historia realizado a máquina. Con la aparición de la máquina de escribir, las caligrafías se unificaban en un preciso código simbólico que llevaba a la escritura a la sola función de su registro. La máquina de escribir abrió la concepción de que los medios sólo se constituyen de otros medios; es decir, que la escritura mediática se constituye por la capacidad de conexión entre distintos soportes, cuya importancia en nuestra cultura digital ahora subrayaremos. Escribir a máquina era registrar la escritura, que a su vez, registraba el lenguaje. Transferir mensajes de un medio a otro siempre implica modelarlos para que se ajusten a nuevos estándares y materiales¹⁶. A su vez, la vocación exhaustiva de la escritura quedará enormemente reforzada con la mecanografía, puesto que de 40 o 50 palabras al minuto que se pueden escribir a mano, se pasó a 300 o 350 palabras. La capacidad de descripción y desarrollo de contenido adquiriría nuevas dimensiones con la mediación mecánica sobre la escritura¹⁷.

Por otro lado, la máquina de escribir, lo mismo que el teléfono, dará pie a la aparición de nuevos comportamientos laborales, como las inmensas salas con cientos de mecanógrafas y operadoras, al servicio mismo del carácter clasificatorio de la comunicación humana, elevando así la información a una condición industrial, a la par que introducía por primera vez a las mujeres en el ámbito laboral del capitalismo, conformándolas, eso sí, en estrictas tareas de registro, como aún podemos tan a menudo constatar en la actualidad.

Por su parte, el gramófono fue definido por sus principales inventores, como una forma de privatizar el almacenamiento de los recuerdos, más allá del simple diario escrito o la correspondencia epistolar. El carácter registrador e

¹⁶ Timothy Druckrey, *Telekphrasis: Configurations Of Communication*, 1999

¹⁷ Es interesante observar que, sin embargo, durante la misma época nuevas técnicas de escritura mecánica buscaban un vínculo directo con la expresión oral, intentando minimizar al máximo la mediación sobre el lenguaje mismo. Este es el caso de la taquigrafía, o estenografía (del griego, *escritura oculta*). La estenografía, comercializada con profusión desde 1879, representó una auténtica técnica de registro y transcripción precisa de expresión oral, que en realidad buscaba mediar lo menos posible en el contenido del dictado expresivo. Como ejemplo del carácter exhaustivo de la taquigrafía, hoy en día la licencia para ejercer profesionalmente la estenografía en tribunales y en otras instituciones se condiciona a la consecución de un mínimo del 96,5% de exactitud en la transcripción de un discurso o dictado.

institucional de este nuevo medio se ejemplifica en que Edison vió al principio su fonógrafo como un servicio de detectives, que según sus propias palabras, “podría usarse como un testigo intachable en un tribunal de justicia”. Era la época de Sherlock Holmes y ya habido alguien que ha comentado que el dactiloscopio de Francis Galton, para el reconocimiento de huellas dactilares, y el fonógrafo de Edison nacieron en la mismas fechas¹⁸. La sociedad disciplinaria moderna, como apuntara Michel Foucault¹⁹, se deriva en buena medida de nuevos horizontes en la aplicación del registro y la medición.

Como decíamos, la mediación tecnológica de la escritura comporta sobre todo una nueva relación entre los propios medios. Esa nueva circunstancia de interconexión y compatibilidad guiará buena parte de las investigaciones cibernéticas en el siglo XX, afectando profundamente la idea de archivo y fluctuación de datos.

La evolución informática dio sus pasos más importantes debido a ciertas necesidades científicas, como decíamos en el ámbito militar. Concretamente, los enormes cálculos para la realización de la bomba atómica americana, la necesidad de un sistema automático de veloces cómputos balísticos a la hora de derribar aviones en pleno vuelo o la cuestión de cómo centralizar y analizar la información procedente de los diferentes puntos de radar para así articular respuestas globales, son algunas de las justificaciones más importantes que lideraron la investigación informática. Las máquinas debían ser capaces de procesar masivas cantidades de información y multitud de variables, a fin de conseguir un grado aceptable de predicción²⁰. Esto es, la información ya no

¹⁸ Carlo Ginzburg, "Clues and Scientific Method", en Kittler, 83

¹⁹ Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid, 1983, (ed. orig., París, 1975)

²⁰ Jordan Crandall ha señalado: “Consider what happens in the process of tracking. A viewing-agency moves over its object or target, scanning its line of action, extracting data. This data is processed, stored, and made searchable and analyzable for ever-narrowing strategic margins. For example, the trajectory of a targeted plane is tracked in order to calculate its future position for interception. While it scans for data in the past or present, the tracking mode is always oriented toward the future. It is therefore integrally connected to formats of prediction. This tracking/predicting complex, which results in a peculiar warpage of time, arose out of a need for proactivity - a need to superimpose a scrim of future inclinations upon the

registraba simplemente una realidad, sino que la proyectaba en escenarios estratégicos. Se vincula la experiencia del ahora a su posible función en un momento posterior, robando así la experiencia del presente en función de unos objetivos futuros, como en su día impusiera el discurso religioso. Esas nuevas tecnologías de archivación y procesamiento de datos convertirían definitivamente nuestra cultura en una cultura del registro, confirmando así las intenciones globalizantes y exhaustivas que muchos matemáticos desde el Barroco habían sostenido. La cultura digital es de vocación plenamente global ya que a mayor cantidad de datos introducidos mayor es la fiabilidad de sus predicciones. Su carácter es infinito. De ahí la fascinación que produce y el miedo que genera en el hombre social de quedarse fuera de un sistema completamente integrador.

El archivo contemporáneo se conforma, naturalmente como no podía ser de otra manera, por ser enteramente digital. Sin embargo, la propia dinámica de la mediación electrónica de la experiencia y de la información ha llevado a cambios sustanciales. La necesidad de almacenar y procesar en tiempo real todas las variables en un discurso global tenía que ajustarse poco a poco a una creciente existencia social individualizada, en la que el espacio público perdía fuerza en favor de una concepción privatizada del hombre. De ahí el nacimiento de la noción de interactividad, puesto que ampliaba enormemente la recopilación de datos al favorecer una participación voluntaria e instantánea de una gran masa de individuos. Las técnicas interactivas digitales, como la visa, internet, la telefonía contemporánea, la televisión por cable o a la carta, son capaces de rastrear al milímetro los deseos y comportamientos de los usuarios, creando así un registro definido de hábitos sociales, de consumo, políticos, etc, que forman un fenomenal mapa de predicciones institucionales, un archivo gigantesco de experiencias humanas al servicio de la industria institucional. Sigue dejando perplejo que a pesar de las constantes evidencias que existen respecto a esta problemática situación, aún haya gente que celebre esas

now, generating a mesh of potentialities.” En Jordan Crandall, “Anything That Moves: Armed Vision”,

tecnologías solamente a través de un discurso emancipatorio, en vez de intentar comprender cuáles son los sustratos de esos problemas y buscar nuevos modelos de implicación comunicativa con esas formidables herramientas que nos estamos dando.

La cuestión es, ¿es posible cambiar la dinámica registradora de la tecnología digital cuando esa tecnología nace precisamente de necesidades de registro, cuando la escritura misma creció como un modelo clasificatorio? ¿Es posible deshacernos de la impronta militar y de evaluación estratégica de datos, el marketing, que hoy impera en esas tecnologías? ¿es incluso imaginable hacer un parón para reflexionar estas cuestiones cuando esas utopías electrónicas apelan a un individuo aislado, necesitado urgentemente de medios de conexión social? ¡Ojo al dato!